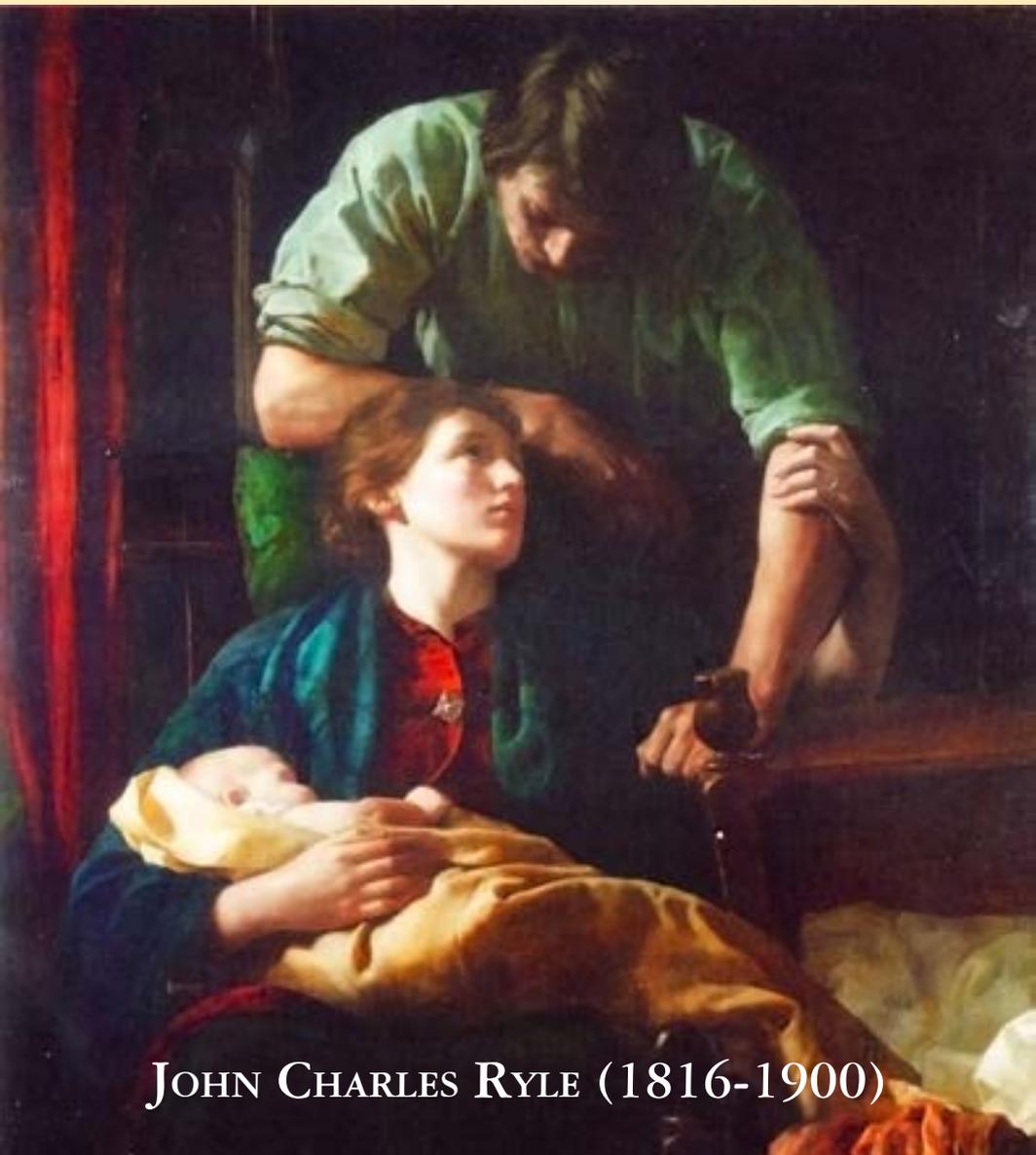


# *Los deberes de los padres*



JOHN CHARLES RYLE (1816-1900)

# LOS DEBERES DE LOS PADRES

## Contenido

1. En el camino por el que deben andar .....	4
2. Con toda ternura, afecto y paciencia .....	5
3. Mucho depende de usted. ....	6
4. El alma de su hijo es lo primero a considerar. ....	8
5. El conocimiento de la Biblia .....	9
6. El hábito de la oración .....	10
7. El hábito de adoración publica.....	12
8. El hábito de la fe .....	14
9. El hábito de la obediencia .....	15
10. El hábito de decir siempre la verdad .....	17
11. El hábito de siempre redimir el tiempo .....	17
12. Con temor a los excesos .....	19
13. Recordando cómo Dios instruye a sus hijos.....	21
14. Recordando la influencia de su propia ejemplo.....	23
15. Recordando el poder del pecado.....	24
16. Recordando las promesas .....	25
17. Orando continuamente.....	26
18. Usa cada uno de los medios en su poder .....	27

© Copyright 2002 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *The Duties of Parents*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

**CHAPEL LIBRARY**

2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA

*Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227*  
*chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: [www.chapellibrary.org](http://www.chapellibrary.org).

# LOS DEBERES DE LOS PADRES

*“Instruye al niño en su carrera: Aun cuando  
fuere viejo no se apartará de ella”.*

Proverbios 22:6

**S**upongo que la mayoría de los cristianos profesos conocen el texto bíblico que encabeza esta página. Su sonido es probablemente familiar a sus oídos, como una vieja tonada. Probablemente usted lo ha oído, o leído, comentado o citado muchas veces. ¿No es así?

Pero, en realidad, ¡cuán poco se considera la sustancia de este texto! Pareciera que no se conoce la doctrina que contiene, pareciera que raramente se pone en práctica el deber que nos presenta. Lector, ¿no es verdad lo que digo?

No se puede decir que el tema sea nuevo. El mundo data de la antigüedad, y tenemos la experiencia de casi seis mil años para ayudarnos. Vivimos en una época cuando hay una fuerte dedicación a la educación por todos lados. Nos enteramos de escuelas nuevas que se levantan por todas partes. Nos cuentan de nuevos sistemas, y nuevos libros para los niños y jóvenes, de todo tipo y clase. Y aún así, a la gran mayoría de los niños evidentemente no se les enseña el camino que deben tomar, porque cuando llegan a la adultez, no caminan con Dios.

Ahora bien, ¿cómo podemos explicar esta situación? La verdad lisa y llana es que el mandamiento del Señor en nuestro texto no se tiene en cuenta y, en consecuencia, la promesa del Señor en nuestro texto no se cumple.

Lector, estas cosas deben llevar a una profunda reflexión. Escuche, pues, una palabra de exhortación de un pastor, sobre la instrucción correcta de los hijos. Créame, el tema es uno que debe sacudir cada conciencia, y hacer que cada uno se pregunte: “¿Estoy haciendo todo lo que puedo en este sentido?”

Es un tema que preocupa mayormente a todos. Casi no hay hogar al que no toca. Padres de familia, ayas, maestros, padrinos, madrinas, tíos, tías, hermanos, hermanas, —todos se interesan en él. Son pocos, pienso yo, los que no influyen sobre algún padre de familia en la administración de su familia, o que afecta la instrucción de algún niño por medio de sugerencias o consejos. Todos, creo yo, podemos hacer algo en este campo, ya sea directa o indirectamente, y quiero inquietar a todos para que tengan esto muy en cuenta.

Es un tema, también, sobre el cual todos los involucrados corren el gran peligro de no alcanzar a cumplir su deber. Éste es preeminentemente un punto en que los hombres pueden ver las faltas de sus prójimos antes que las suyas propias. Con frecuencia crían a sus hijos justamente en la senda de cuyos peligros han advertido a sus amigos. Ven la mota en las familias de otros, y no echan de ver la viga en las de ellos mismos. Tienen la vista aguda de águilas para detectar errores ajenos, pero son ciegos como murciélagos para ver los errores fatales que se cometen diariamente en el hogar. Son sabios en cuanto a la casa de su hermano, pero necios en cuanto a su propia carne y sangre. Aquí, más que en ningún otro sentido, necesitamos desconfiar de nuestro propio discernimiento. Usted hará bien en tener esto también en cuenta.<sup>1</sup>

Venga ahora, y permítame poner delante suyo algunas pautas sobre la instrucción correcta. Dios el Padre, Dios el Hijo, Dios el Espíritu Santo las bendiga, y las convierta en palabras certeras para todos. No las rechace porque sean francas y sencillas; no las desprecie porque no contienen nada nuevo. Tenga por muy seguro, si es que ha de instruir a sus hijos para el cielo, que son pautas que no deben descartarse ligeramente.

## **1. En el camino por el que deben andar**

Primero, entonces, si ha de instruir a sus hijos correctamente, instrúyalos en el camino por el que deben andar, no en el camino que naturalmente tomarían.

Recuerde que los niños nacen con una decidida inclinación hacia el mal y por lo tanto, si usted los deja escoger por sí mismos, de seguro escogerán lo equivocado.

La madre no puede saber lo que su tierno infante llegará a ser, —alto o bajo, débil o fuerte, sabio o necio, puede o no ser todo esto,— es todo incierto. Pero una cosa puede decir la madre con certidumbre: tendrá un corazón corrupto y pecaminoso. Es natural que hagamos lo incorrecto. “La necedad”, dice Salomón, “está ligada en el corazón del muchacho” (Prov. 22:15). “El muchacho consentido [o sea dejado a sus propios recursos]

---

<sup>1</sup> Como ministro, no puedo dejar de comentar que casi no existe tema sobre el cual la gente parece más tenaz que el de sus hijos. A veces he quedado pasmado ante la renuencia de padres de familia cristianos sensibles de admitir las faltas de sus propios hijos, o que merecen ser culpados. No son pocas las personas a quienes prefiero hablarles de sus propios pecados, que decirles que sus hijos han hecho algo malo.

avergonzará a su madre” (Prov. 29:15) Nuestros corazones son como el suelo que pisamos; si no se ocupa de él, de seguro en él crecerán malezas.

Por lo tanto, si va usted a tratar sabiamente a su hijo, no debe dejarlo que se guíe por su propia voluntad. Piense por él, juzgue por él, actúe por él, tal como lo haría por alguien débil o ciego; pero, por lo que más quiera, no lo entregue a sus propios gustos y tendencias caprichosos. No son sus gustos o deseos los que hay que consultar. No sabe todavía lo que es bueno para su mente y alma, tal como no sabe lo que es bueno para su cuerpo. Usted no lo deja decidir lo que comerá, y lo que beberá, y cómo se vestirá. Sea consecuente, y trate con su mente de la misma manera. Instrúyalo en el camino que es bíblico y correcto, y no de la manera que a él se le antoja.

Si no puede usted decidirse en cuanto a este primer principio de instrucción cristiana, es inútil que siga leyendo esto. La terquedad es casi lo primero que aparece en la mente del niño; y el primer paso de usted es resistirla.

## **2. Con toda ternura, afecto y paciencia**

Instruya a su hijo con toda ternura, afecto y paciencia. No quiero decir que lo ha de consentir, pero sí quiero decir que debe usted hacerle ver que lo ama.

El amor debe ser el hilo de plata que se entreteje en toda su conducta. Bondad, gentileza, mansedumbre, tolerancia, paciencia, comprensión y una disposición de ocuparse de problemas infantiles, listo para participar de alegrías infantiles —estas son las cuerdas por las cuales el niño puede ser guiado con más facilidad, —estas son las pistas que debe seguir para encontrar el camino a su corazón.

Hay pocos, aun entre los adultos, que no sean más fáciles de motivar con amabilidad que con apremiar. Está aquello en nuestra mente que se resiste contra la compulsión; damos la espalda y endurecemos la cerviz ante la mera idea de una obediencia forzada. Somos como potros en manos del domador: trátelos con suavidad y deles importancia y, con el tiempo, los puede guiar tirando de un hilo; use con ellos rudeza y violencia, y pasarán muchos meses antes de que pueda dominarlos.

Ahora bien, las mentes de los niños han sido fundidas en un molde muy similar al nuestro. La dureza y severidad en el trato les produce frialdad y rechazo. Cierra sus corazones y hace imposible encontrar la puerta para abrirlos. Pero hágales ver que siente afecto por ellos —que realmente anhela hacerlos felices y hacerles bien, —que si los castiga, es para beneficio de ellos y que, como el pelicano, daría usted la sangre de su corazón para nutrir

sus almas; déjelos ver esto, digo, y pronto serán todo suyos. Pero deben ser conquistados con bondad, si es que ha de ganarse su atención.

Y por cierto que la razón misma nos enseña esta lección. Los niños son criaturas débiles y tiernas y, como tales, necesitan ser tratados con paciencia y consideración. Debemos manejarlos con delicadeza, como máquinas frágiles, no sea que por nuestro toque rudo hagamos más mal que bien. Son como plantas jóvenes, y necesitan ser regados suavemente, —con frecuencia, pero poquito por vez.

No debemos esperar todo de ellos al mismo tiempo. Tenemos que recordar que son niños, y enseñarles lo que pueden entender. Sus mentes son como un trozo de metal— no para ser forjado y hecho útil de una sola vez, sino sólo por una sucesión de pequeños golpes. Lo que pueden comprender es como una vasija de cuello angosto: tenemos que echar en ellos el vino del conocimiento gradualmente, si no, mucho se derramará y perderá. “Renglón por renglón, y precepto por precepto, un poco aquí y un poco allá” debe ser nuestra regla. La piedra de afilar hace su obra lentamente, pero la fricción frecuente afila bien la guadaña. Realmente se necesita paciencia para instruir a un niño, pero sin ella nada se logra.

Nada puede compensar la falta de esta ternura y este amor. El pastor puede hablar de la verdad que se encuentra en Jesús, con claridad, fuerza, categóricamente, pero si no habla con amor, pocas almas serán ganadas. Debe usted presentar ante sus hijos sus obligaciones, —ordene, amenace, castigue, razone— pero si falta el afecto en su trato, su obra será en vano.

El amor es el gran secreto de la instrucción exitosa. El enojo y la dureza pueden generar temor, no persuaden al niño de que usted tiene razón; y si con frecuencia ve que no controla su enojo, pronto dejará usted de contar con su respeto. El padre que habla a su hijo como le habló Saúl a Jonatán (1 Sam. 20:30), no puede pretender influir sobre su mente.

Procure diligentemente mantener el afecto de su hijo. Es peligroso hacer que sus hijos le tengan miedo. Casi cualquier otra cosa es mejor que la distancia y coacción entre su hijo y usted; y esto aparece cuando hay temor. El temor impide el actuar sin reservas; —el temor lleva a la ocultación; —el temor siembra la semilla de mucha hipocresía y lleva a muchas mentiras. Las palabras del Apóstol a los Colosenses son muy ciertas: “Padres, no irritéis a vuestros hijos, porque no se hagan de poco ánimo” (Col. 3:21). No tenga en poco el consejo que contiene.

### **3. Mucho depende de usted.**

Instruya a sus hijos con la permanente convicción de que mucho depende de usted. La gracia es el más fuerte de todos los principios. Vea qué

revolución causa la gracia cuando entra en el corazón de un viejo pecador, —cómo destruye los baluartes de Satanás, —cómo echa abajo las montañas, llena los valles, —endereza lo torcido, —y hace nuevo al hombre. Realmente nada es imposible para la gracia.

También la naturaleza es muy fuerte. Vea cómo lucha contra las cosas del reino de Dios, —cómo pelea contra todo intento de ser más santo, —cómo sigue librando una guerra en nuestro interior hasta la última hora de vida. Sí, la naturaleza es muy fuerte.

Pero, después de la naturaleza y la gracia, sin duda no hay cosa más poderosa que la educación. Los primeros hábitos (si me permite decirlo) significan todo para nosotros, bajo Dios. Llegamos a ser lo que somos por la instrucción. Nuestro carácter toma la forma del molde en que fueron echados nuestros primeros arios.<sup>2</sup>

Dependemos, en gran medida, de los que nos crían. Adquirimos de ellos el color, gusto, prejuicio que se nos pega más o menos toda la vida. Adoptamos el lenguaje de nuestras ayas y madres, y aprendemos a hablarlo casi sin sentirlo y, sin duda alguna, al mismo tiempo nos contagiamos de algo de sus modales, conductas y maneras de pensar. Sólo el tiempo mostrará cuánto le debemos a nuestras primeras impresiones, y cuántas cosas en nosotros pueden identificarse como semillas sembradas por los que nos rodeaban en los días de nuestra infancia. El Sr. Locke, un erudito inglés, ha dicho: “Que de todos los hombres con quienes nos encontramos, nueve de diez son lo que son, buenos o malos, útiles o no, según su educación.”

Y todo es uno de los arreglos misericordiosos de Dios. Él da a los hijos de usted una mente que recibirá impresiones como arcilla húmeda. Les da al comienzo de la vida una disposición de creer lo que usted les dice, y de creer que es bueno lo que usted les aconseja y de confiar en su palabra en lugar de la de un extraño. Le da, en suma, una oportunidad preciosa de hacerles bien. Asegúrese de no descuidar o desaprovechar la oportunidad. Una vez que se le escapa de entre las manos, la ha perdido para siempre.

Cuídese de ese miserable error en que han caído algunos, —que los padres no pueden hacer nada por sus hijos, que no se los debe molestar, que se debe esperar la gracia y estar quieto. Estas personas tienen para sus hijos deseos como los de Balaam, —Les gustaría verlos morir la muerte del hombre justo, pero nada hacen para hacerlos vivir su vida. Desean mucho, y no tienen nada. Y el diablo se regocija al ver tal razonamiento, como siempre

---

<sup>2</sup> Ha visto poco de la vida el que no discierne por completo el efecto de la educación sobre las opiniones y maneras de pensar de los hombres. Los niños aprenden en la cuna aquello que van revelando a lo largo de sus vidas. —Cecil.

lo hace por cualquier cosa que parezca excusar la indolencia o promover el descuido de las cosas de Dios.

Sé que uno no puede convertir a su hijo. Sé muy bien que los que nacen de nuevo, nacen no por voluntad de hombre, sino de Dios. Pero sé también que Dios dice expresamente: “Instruye al niño en su carrera”, y que nunca ha dado al hombre un mandato sin darle la gracia para cumplirlo. Y sé, también, que nuestro deber no es quedarnos de brazos cruzados y discutir, sino marchar hacia adelante y obedecer. Sólo al marchar hacia adelante se encontrará Dios con nosotros. La senda de la obediencia es la manera como nos da su bendición. Tenemos que sencillamente hacer lo que los siervos fueron ordenados hacer en la fiesta de la boda en Caná, llenar las vasijas con agua y podemos dejar, sin titubear, que el Señor convierta el agua en vino.

#### **4. El alma de su hijo es lo primero a considerar.**

Instruya con este pensamiento continuamente ante sus ojos—que el alma de su hijo es lo primero a considerar. Preciosos son, sin duda, estos pequeños ante sus ojos; pero si los ama, piense con frecuencia en sus almas. Nada debe interesarle tanto como sus intereses eternos. Ninguna parte de ellos le debe ser más querida que aquella parte que nunca morirá. El mundo, con toda su gloria, pasará; los montes se derretirán; los cielos se enrollarán como un pergamino; el sol dejará de brillar. Pero el espíritu que mora en esas pequeñas criaturas que usted ama tanto los sobrevivirá y, si será en felicidad o infelicidad (humanamente hablando) dependerá de usted.

Éste es el pensamiento que debe prevalecer en su mente en todo lo que hace por sus hijos. En cada paso que toma relacionado con ellos, en cada plan, y actividad, y plan que los concierne, no excluya la poderosa pregunta: “¿Cómo afectará sus almas?”

El amor al alma es el alma de todo amor. Mimar y consentir y darle todos los gustos a su hijo, como si el mundo fuera lo único que tuviera que tener en cuenta, y esta vida la única razón para ser feliz— hacer esto no es verdadero amor, sino crueldad. Es tratarlo como una bestia del campo, que tiene sólo un mundo en el cual vivir, y nada después de la muerte. Es ocultarle esa gran verdad, que debería aprender desde su misma infancia, — que el fin principal de su vida es la salvación de su alma.

El verdadero cristiano no debe ser esclavo de la moda, si es que quiere instruir a su hijo para el cielo. No debe contentarse con hacer las cosas meramente porque son la costumbre del mundo; enseñarle e instruirle en ciertas formas meramente porque es lo usual; dejarles leer libros cuestionables meramente porque todos los leen; dejarles formar hábitos de tendencias dudosas meramente porque son los hábitos del momento. Debe

instruir considerando el alma de sus hijos. No debe avergonzarse al oír que su instrucción es llamada singular y extraña. ¿Qué si lo es? El tiempo es breve, —la moda de este mundo pasa. El que instruye a sus hijos para el cielo más bien que para la tierra, —para Dios más bien que para el hombre, —éste es el padre de familia que, al final, será llamado sabio.

## 5. El conocimiento de la Biblia

Instruya a su hijo en el conocimiento de la Biblia. No puede obligar a sus hijos a amar la Biblia, lo admito. Nadie aparte del Espíritu Santo nos puede dar un corazón que se deleita en su Palabra. Pero puede usted familiarizar a sus hijos con la Biblia; y puede estar seguro que es imposible familiarizarse con ese bendito libro demasiado temprano y demasiado bien.

Un conocimiento profundo de la Biblia es el fundamento de los conceptos claros sobre religión. El que está bien basado en ella, por lo general no dudará ni será llevado por doquier por los vientos de nuevas doctrinas. Cualquier sistema de instrucción que no hace que el conocimiento de las Escrituras ocupe el primer lugar es inseguro y defectuoso.

Tiene que tener cuidado en este punto justamente ahora, porque el diablo anda suelto y abundan los errores. Los vemos entre algunos de nosotros que damos a la iglesia el honor que le debemos a Cristo. Los vemos entre los que hacen de los sacramentos salvadores y pasaportes a la vida eterna. Y los vemos igualmente en los que honran un catecismo más que a una Biblia, o llenan la mente de sus hijos con miserables libritos de cuentos en lugar de las Escrituras que contienen la verdad. Pero si ama usted a sus hijos, deje que la sencilla Biblia sea todo en la instrucción de sus almas; y que los demás libros ocupen un segundo lugar.

No le importe tanto que sean poderosos en el catecismo, sino que sean poderosos en las Escrituras. Esta es la instrucción, créame, que Dios honrará. El salmista dice de ella: “Has hecho magnífico tu nombre, y tu dicho sobre todas las cosas” (Sal. 138:2); y creo que él otorga una bendición especial a todos los que procuran magnificar su Palabra entre los hombres.

Cuide que sus hijos lean la Biblia con reverencia. Enséñeles que la consideren, no como la palabra de hombres, sino como lo es en verdad, la Palabra de Dios, escrita por el Espíritu Santo mismo, —toda verdad, de todo provecho y capaz de hacernos sabios para salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús.

Cuide que la lean regularmente. Enséñeles que la consideren el alimento espiritual de su alma, —como algo esencial para la salud diaria de su alma. Sé muy bien que no puede usted hacer que esto sea más que una

forma de proceder; pero quién sabe cuántos pecados ha podido evitar indirectamente una mera forma de proceder.

Cuide que la lean toda. No debe temer exponerlos a cualquier doctrina bíblica. No suponga que las principales doctrinas del cristianismo son cosas que los niños no pueden entender. Los niños comprenden mucho más de la Biblia de lo que podemos suponer.

Hábleles del pecado, su culpabilidad, sus consecuencias, su poder, su maldad: descubrirá que pueden entender algo de esto.

Hábleles del Señor Jesucristo, y su obra para nuestra salvación, —la expiación, la cruz, la sangre, el sacrificio, la intercesión: descubrirá que hay algo en todo esto que pueden entender.

Hábleles de la obra del Espíritu Santo en el corazón del hombre, cómo él cambia, y renueva, y santifica, y purifica: pronto verá que algo pueden entender. En resumen, sospecho que no tenemos idea de cuánto un niño pequeño puede captar sobre lo largo y ancho del glorioso evangelio. Comprenden mucho más de estas cosas que lo que pensamos.<sup>3</sup>

Llene sus mentes de las Escrituras. Deje que la Palabra more en ellos ricamente. Deles una Biblia, la Biblia entera, aun cuando son pequeños.

## 6. El hábito de la oración

Instrúyalos en el hábito de la oración. La oración es el aliento de vida mismo de la verdadera religión. Es una de las primeras evidencias de que alguien ha nacido de nuevo. “Porque he aquí”, dijo el Señor acerca de Saulo el día que lo envió a Ananías, “Porque he aquí, él ora” (Hech. 9:11). Había empezado a orar, y eso era prueba suficiente.

La oración fue la marca distintiva del pueblo de Dios el día que empezó a haber separación entre ellos y el mundo. “Entonces los hombres comenzaron a llamarse del nombre de Jehová” (Gén. 4:26).

La oración es la característica de todos los verdaderos cristianos en la actualidad. Oran, —porque le cuentan a Dios sus necesidades, sus sentimientos, sus anhelos, sus temores; y lo hacen con sinceridad. El cristiano nominal puede repetir oraciones, y hasta buenas oraciones, pero éstas no llegan a ninguna parte.

---

<sup>3</sup> No puede establecerse una regla general en cuanto a la edad cuando debe comenzar la instrucción religiosa del niño. La mente parece abrirse en algunos niños mucho antes que en otros. Rara vez empezamos demasiado pronto. Existen ejemplos maravillosos de lo que puede lograr un niño, aun a los tres años.

La oración es el momento decisivo en el alma del hombre. Nuestro ministerio es inútil, y nuestra obra en vano, mientras no haya usted caído de rodillas. Hasta entonces, no tenemos esperanza para usted.

La oración es el gran secreto de la prosperidad espiritual. Cuando tiene mucha comunión privada con Dios, su alma crecerá como el pasto después de la lluvia; cuando tiene poca, todo se detendrá, apenas si conservará a su alma con vida. Muéstreme un cristiano que crece, un cristiano que marcha adelante, un cristiano fuerte, un cristiano que prospera, y estoy seguro que es alguien que habla frecuentemente con su Señor. Pide mucho, y tiene mucho. Le cuenta todo a Jesús y, en consecuencia, siempre sabe cómo actuar.

La oración es el motor más potente que Dios ha puesto en nuestras manos. Es la mejor arma para usar en cualquier dificultad, y el remedio seguro para cualquier problema. Es la llave que abre el tesoro de sus promesas, y la mano que imparte gracia y ayuda en el momento de necesidad. Es la trompeta de plata que Dios nos ordena hacer sonar en todas nuestras necesidades, y es el clamor que ha prometido siempre oír, como una madre cariñosa oye la voz de su hijo.

La oración es el medio más sencillo que el hombre puede usar para acercarse a Dios. Está al alcance de todos, —el enfermo, el anciano, el débil, el parálítico, el ciego, el pobre, el iletrado, —todos pueden orar. No sirve para nada que se excuse porque no tiene memoria, y porque no tiene educación, y porque no tiene libros, y porque le falta conocimiento en esta cuestión. Mientras tenga una lengua para contarle el estado de su alma, puede y debe orar. Aquellas palabras: “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Stg. 4:2), serán una terrible condenación para muchos en el día del juicio.

Padres, si aman a sus hijos, hagan todo lo que está dentro de su alcance para instruirlos en el hábito de la oración. Muéstrenles cómo empezar. Explíquenles qué decir. Anímenlos a perseverar. Si la descuidan y desatienden, recuérdense que deben orar. Por lo menos, que no sea culpa de ustedes si nunca claman al Señor.

Éste, recuerde, es el primer paso en la religión que el niño puede tomar. Mucho antes de saber leer, usted puede enseñarle a arrodillarse junto a su madre y repetir las sencillas palabras de oración y alabanza que ella le pone en la boca. Y así como los primeros pasos en cualquier tarea son los más importantes, lo es la manera como las oraciones de sus hijos son expresadas, un punto que merece su máxima atención. Pocos parecen saber cuánto depende de esto. Tenga cuidado de que no se acostumbren a decirlas de una manera apurada, descuidada e irreverente. Tenga cuidado de no dar la supervisión de este asunto a sirvientes y ayas, o de confiar demasiado en que

sus hijos lo hagan por sí solos. La madre que nunca se ocupa ella misma de esta parte importante de la vida cotidiana de su hijo no es digna de elogio. Si hay un hábito que usted mismo debe ayudar a formar, es el hábito de orar. Créame, si nunca oye usted orar a sus hijos, usted tiene mucha de la culpa. Es poco sabio como el pájaro descrito en Job: “El cual desampara en la tierra sus huevos, y sobre el polvo los calienta, y olvídase de que los pisará el pie, y que los quebrará bestia del campo. Endurécese para con sus hijos, como si no fuesen suyos, no temiendo que su trabajo haya sido en vano” (Job 39:17-19).

La oración es, entre todos los hábitos, el que recordamos más tiempo. Muchos hombres ya con canas podrían contarle cómo su madre solía hacerlo orar en los días de su niñez. Quizá hayan olvidado otras cosas: la iglesia donde lo llevaban al culto, el pastor cuya predicación escuchaba, los amigos con quienes jugaban —todos estos, posiblemente, ya ni los recuerde, ni dejaron su marca en él. Con frecuencia podrán decirle dónde se arrodillaban y lo que le enseñaron a decir y aun el aspecto de su madre en esos momentos. Lo recordarán como si hubiera sido ayer.

Lector, si ama usted a sus hijos, le encomiendo que no deje que el tiempo de la siembra del hábito de orar pase sin haberlo atendido. Si instruye a sus hijos en algo, instrúyalos, por lo menos, en el hábito de orar.

## **7. El hábito de adoración publica**

Instrúyalos en el hábito de ser diligentes y de asistir con regularidad a los cultos de adoración. Hábleles del deber y privilegio de ir a la casa de Dios y de sumarse a las oraciones de la congregación. Explíqueles que dondequiera se reúne el pueblo del Señor, el Señor Jesús está presente de un modo especial, y que los ausentes, como le sucedió al Apóstol Tomás, pueden esperar perderse una bendición. Hábleles de la importancia de escuchar la predicación de la Palabra, y que es la ordenanza de Dios para convertir, santificar y edificar las almas de los hombres. Cuénteles cómo el Apóstol Pablo nos insta a no dejar “nuestra congregación, como algunos tienen por costumbre” (Heb. 10:25); sino a exhortarnos unos a otros para motivarnos a reunirnos, y con más razón al ver que el día se acerca.

Es un cuadro triste cuando en la iglesia nadie más que los ancianos se acercan a la mesa del Señor y que los jóvenes y señoritas se apartan de ella. Pero es un cuadro más triste aún cuando no se ven niños en la iglesia, excepto los que concurren a la escuela dominical y les obligan a asistir. No sea usted culpable de esto. Hay muchos niños y niñas en todas las parroquias, además de los que concurren a la escuela dominical, y ustedes que son sus padres y amigos deberían ocuparse de que concurren a la iglesia.

No permita que se críen con la costumbre de dar vanas excusas por no concurrir. Hágales entender bien que mientras estén bajo su techo es la regla de su casa que todos los que gozan de buena salud honren la casa del Señor el día del Señor y que considera usted que el que quebranta el día de reposo es asesino de su propia alma.

Ocúpese también, si puede concertarlo, que sus hijos asistan con usted al culto y se sienten cerca suyo cuando están allí. Ir al culto es una cosa, pero portarse bien en la iglesia es muy otra. Y, créame, no hay mejor seguridad de buena conducta que tenerlos bajo su propia vista.

La mente de los jóvenes se distrae fácilmente y no mantiene su atención, y debe usarse todo medio posible para contrarrestar esto. No me gusta verlos llegar a la iglesia solos, —con frecuencia se juntan con malas compañías y, por lo tanto, aprenden más cosas malas en el día del Señor que en todo el resto de la semana. Tampoco me gusta ver lo que llamo “un rincón de los jóvenes” en la iglesia. Muchas veces adquieren allí hábitos de inatención e irreverencia que lleva años corregir, si es que puede alguna vez corregirse. Lo que me gusta ver es la familia entera sentada junta, ancianos y jóvenes, lado a lado, —hombres, mujeres y niños sirviendo a Dios como familia.

Pero hay algunos que dicen que es inútil instar a los niños a asistir a los cultos porque no los entienden.

No quiero que presten atención a tal razonamiento. No encuentro doctrina tal en el Antiguo Testamento. Cuando Moisés se presenta ante Faraón (Exo. 10:9), noto que dice: “Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas... porque tenemos solemnidad de Jehová.” Cuando Josué leyó la ley (Jos. 8:35), noto: “No hubo palabra alguna de todas las cosas que mandó Moisés, que Josué no hiciese leer delante de toda la congregación de Israel, mujeres y niños, y extranjeros que andaban entre ellos.” “Tres veces en el año”, dice Éxodo 34:23, “será visto todo varón tuyo delante del Señoreador Jehová, Dios de Israel.” Y cuando busco en el Nuevo Testamento encuentro allí a niños participando de los actos públicos religiosos tanto como en el Antiguo. Cuando Pablo estaba dejando por último a los discípulos en Tiro, noto que dice (Hech. 21:5): “Salimos acompañándonos todos, con sus mujeres e hijos, fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la ribera, oramos.”

Samuel, en los días de su niñez, parece haber ministrado al Señor un tiempo antes de conocerlo realmente. “Y Samuel no había conocido aún a Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada” (1 Sam. 3:7). Los Apóstoles mismos no parecieron entender en el momento todo lo que nuestro Señor decía. “Estas cosas no las entendieron sus discípulos de

primero: empero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas de él” (Juan 12:16).

Padres, reconforten sus mentes con estos ejemplos. No se desalienten porque sus hijos en este momento no comprenden plenamente el valor del culto de adoración. Instrúyalos sencillamente a adquirir el hábito de concurrir regularmente. Preséntelo ante sus mentes como un deber elevado, santo y solemne y, créanme, el día vendrá cuando los bendecirán por haberlo hecho.

## 8. El hábito de la fe

Instrúyalos en el hábito de la fe. Quiero decir con esto, que debe instruirlos a creer lo que usted dice. Debe tratar de hacerles sentir confianza en su discernimiento, y respetar sus opiniones, considerándolos mejor que las de ellos mismos. Debe acostumbrarlos a creer que, cuando le dice que algo es malo para ellos, ha de ser malo, y cuando usted dice que es bueno para ellos, ha de ser bueno; en suma, que lo que usted sabe, es mejor que lo que ellos saben, y que pueden confiar implícitamente en su palabra. Enséñeles a sentir que lo que no saben ahora, probablemente lo sabrán en el futuro, y a sentirse seguros de que hay una razón y un motivo para todo lo que les exige que hagan.

¿Quién puede realmente describir la bendición de un verdadero espíritu de fe? O, más bien, ¿quién puede saber la miseria que la falta de fe ha acarreado al mundo? La falta de fe provocó que Eva comiera la fruta prohibida, —dudó de la veracidad de la palabra de Dios: “Morirás”. La falta de fe provocó que el viejo mundo rechazara las advertencias de Noé y, por ende, muriera en pecado. La falta de fe mantuvo a Israel en el desierto, —fue la barrera que les impidió entrar en la tierra prometida. La falta de fe provocó que los judíos crucificaran al Señor de gloria, —no creyeron las voces de Moisés y los profetas, aunque los leían todos los días. Y la falta de fe es el pecado que reina en el corazón del hombre hasta su última hora, —falta de fe en las promesas de Dios, —falta de fe en las amenazas de Dios, —descreimiento en nuestra propia naturaleza pecaminosa, —descreimiento del peligro que nosotros mismos corremos —falta de fe en todo lo que se opone al orgullo y la mundanalidad de nuestros malignos corazones. Lector, usted instruye a sus hijos sin propósito si no les instruye en el hábito de tener una fe implícita, —fe en la palabra de sus padres, seguridad de que lo que dicen sus padres tiene que ser correcto.

He oído que algunos dicen que uno no debe exigirle a los niños lo que no pueden comprender, que usted debe explicar y dar una razón para todo lo que desea que hagan. Le advierto solemnemente contra tal noción. Le digo claramente, creo que es un principio sin fundamento y podrido. Sin duda es

absurdo hacer un misterio de todo lo que usted hace, y hay muchas cosas que es bueno explicar a los niños a fin de que puedan ver que son razonables y sabias. Pero criarlos con la idea de que no deben aceptar nada por fe, que ellos, con su comprensión débil e imperfecta, deben recibir una clarificación sobre el “porqué” de todo en cada paso que toman, —esto es ciertamente un error terrible, y probablemente tenga el peor de los efectos sobre su mente.

Razone con su hijo si quiere, en ciertos momentos, pero nunca se olvide de hacerle recordar (si realmente lo ama) que después de todo es sólo un niño, —que piensa como un niño, que entiende como un niño y que, por lo tanto, no puede esperar saber la razón de todo de una sola vez.

Preséntele el ejemplo de Isaac el día que Abraham lo llevó al Monte Moriah para ofrecerlo en holocausto (Gén. 22). Le preguntó a su padre aquella única pregunta: “¿Dónde está el cordero para el holocausto?” y no recibió más respuesta que ésta: “Dios se proveerá de cordero.” Cómo, o dónde, o cuándo o por qué medios, —nada de esto le dijo a Isaac; pero la respuesta fue suficiente. Creyó que todo andaría bien porque su padre se lo dijo, y quedó satisfecho.

Dígalos a sus hijos, también, que todos tenemos que ser aprendices en nuestros comienzos, que hay un alfabeto que dominar en todo tipo de conocimiento, —que el mejor caballo en el mundo alguna vez tiene que ser domado, —que el día vendrá cuando comprenderán la sabiduría de toda su instrucción. Pero mientras tanto si usted dice que algo es correcto, debe ser suficiente para ellos, —tienen que creerle y quedar satisfechos.

Padres, si en algún punto la instrucción es importante, es en éste. Les encomiendo, por el afecto que sienten por sus hijos, que usen todos los medios para instruirlos en el hábito de la fe.

## **9. El hábito de la obediencia**

Instrúyalos en el hábito de la obediencia. Este es un objetivo digno de cualquier esfuerzo que se requiera para lograrlo. Ningún hábito, sospecho, tiene tanta influencia sobre nuestra vida como éste. Padres, determinen hacer que sus hijos les obedezcan, aunque puede costarles mucho trabajo, y costarle a ellos muchas lágrimas. Que no haya cuestionamientos y razonamientos y discusiones y demoras y malas maneras de contestar. Cuando usted les ordena algo, hágalos ver claramente que usted está decidido a que lo hagan.

La obediencia es la única realidad. Es la fe visible, la fe en acción y la fe encarnada. Es la prueba del verdadero discipulado entre el pueblo de Dios. “Vosotros sois mis amigos, si hicieris las cosas que yo os mando” (Juan 15:14). Hacer lo que fuere que sus padres le ordenan debe ser la

característica de niños bien enseñados. ¿Dónde, en verdad, está la honra que el quinto mandamiento ordena, si padres y madres no son obedecidos alegremente, con buena disposición e inmediatamente?

La obediencia temprana es apoyada por todas las Escrituras. Habría de ser para alabanza de Abraham, el que no meramente instruiría a su familia, sino que “mandará a sus hijos y a su casa después de sí” (Gén. 18:19). El Señor Jesucristo mismo, cuando “descendió con ellos [María y José]... estaba sujeto a ellos” (Luc. 2:51). Observe cómo José obedeció implícitamente la orden de su padre Jacob (Gén. 37:13). Vea cómo Isaías se refiere a la desobediencia como algo malo, cuando dice: “el mozo se levantará contra el viejo” (Isa. 3:5). Note como el Apóstol Pablo menciona la desobediencia a los padres como una de las señales malas de los últimos tiempos (2 Tim. 3:2). Note como destaca esta gracia de exigir obediencia diciendo que es una que debe adornar al ministro cristiano: El obispo “que gobierne bien su casa, que tenga sus hijos en sujeción con toda honestidad.” Y nuevamente: “Los diáconos... que gobiernen bien sus hijos y sus casas” (1 Tim. 3:4,12). Y una vez más, los ancianos “que tenga hijos fieles que no estén acusados de disolución, o contumaces” (Tito 1:6).

Padres, ¿quieren ver felices a sus hijos? Ocúpense, entonces, de enseñarles a obedecer cuando les habla, —a hacer lo que les manda. Créanme, no hemos sido hechos para ser enteramente independientes, —no somos apropiados para eso. Aun los que gozan de libertad en Cristo tienen un yugo que cargar: “al Señor Cristo servís” (Col. 3:24). Los niños no pueden aprender demasiado pronto que éste no es un mundo cuya intención es que todos gobiernen, y que nunca estamos en nuestro lugar correcto hasta no haber aprendido a obedecer a nuestros mayores. Enséñenles a obedecer mientras son pequeños, en caso contrario se rebelarán contra Dios toda sus vidas, y se agotarán con la idea vana de ser independientes de su control.

Lector, esta sugerencia es sumamente necesaria. Usted podrá ver a muchos en esta época que permiten a sus hijos escoger y pensar por sí mismos antes de tener capacidad de hacerlo, y aun justificar su desobediencia, como si fuera algo que no debe condenarse. A mi parecer, el padre que siempre cede, y el hijo que siempre hace lo que quiere ofrecen un cuadro doloroso, —doloroso, porque veo el orden de las cosas designado por Dios, invertido y al revés; —doloroso porque estoy seguro de que el carácter de ese niño al final se caracterizará por la obstinación, el orgullo y engreimiento. No se sorprenda de que los hombres se nieguen a obedecer a su Padre que está en los cielos, si los deja usted, de niños, desobedecer a su padre que está en la tierra.

Padres, si aman a sus hijos, sea la obediencia el lema y la consigna continuamente ante sus ojos.

## 10. El hábito de decir siempre la verdad

Instrúyalos en el hábito de decir siempre la verdad. Decir la verdad es mucho menos común en este mundo de lo que pareciera a primera vista. Toda la verdad, y nada más que la verdad, es la regla de oro que muchos harán bien en recordar. La mentira y prevaricación son pecados viejos. El diablo fue padre de ellos, —engañó a Eva con una mentira audaz y, desde la caída, es un pecado contra el cual todos los hijos de Eva necesitan mantenerse en guardia.

¡Piense sencillamente en cuántas mentiras y engaños hay en el mundo! ¡Cuántas exageraciones! ¡Cuántos agregados se hacen a una simple historia! ¡Cuántas cosas se omiten, si no le convienen al que habla! ¡Qué pocos hay a nuestro alrededor de los que podemos decir, que confiamos sin vacilación en su palabra! Los persas eran sabios en su generación: era un punto principal con ellos educar a sus hijos de modo que aprendieran a decir la verdad. ¡Qué prueba horrible de la pecaminosidad natural del hombre es el hecho de que sea necesario siquiera mencionar tal punto!

Lector, quiero que note con cuánta frecuencia el Antiguo Testamento se refiere a Dios como el Dios de la verdad. La verdad parece sernos presentada como una característica importante en el carácter de aquel con quien tenemos que vernos. Él nunca se desvía de la línea derecha. Aborrece la mentira y la hipocresía. Trate de siempre recordarles esto a sus hijos. Recálqueles todo el tiempo, que lo que es algo menos que la verdad es una mentira; que las evasivas, las excusas y las exageraciones son etapas intermedias hacia lo que es falso, y deben ser evitadas. Anímeles a ser directos en toda circunstancia y, cueste lo que les cueste, que digan la verdad.

Traigo este tema ante ustedes, no sólo por el carácter de sus hijos en el mundo, —aunque podría explayarme en esto, —insisto más bien para su propio consuelo y para asistirle en todos sus tratos con ellos. Descubrirán que es realmente de gran ayuda en su trato con ellos. Incidirá mucho para prevenir el hábito de ocultación, que desgraciadamente prevalece a veces entre los niños. La candidez y franqueza dependen mucho del trato del padre en este aspecto en nuestra infancia.

## 11. El hábito de siempre redimir el tiempo

Instrúyalos en el hábito de siempre redimir el tiempo. La ociosidad es la mejor amiga del diablo. Es la manera más segura de darle una oportunidad para perjudicarnos. Una mente ociosa es como una puerta abierta, y si Satanás mismo no entra por ella, lo seguro es que, arrojará algo adentro para generar malos pensamientos en nuestra alma.

Ninguna cosa fue creada con la intención de que fuera ociosa. El servicio y el trabajo es la porción encomendada a cada criatura de Dios. Los ángeles en el cielo trabajan, —son los siervos activos del Señor, haciendo siempre su voluntad. Adán, en el Paraíso, tenía trabajo, —tenía que labrarlo y guardarlo. Los santos redimidos en gloria tienen trabajo: “Ellos no descansan de día ni de noche de cantarle alabanzas y gloria a aquel que los compró.” Y el hombre, el hombre débil, pecador, tiene que tener algo para hacer, si no, su alma pronto enfermará. Tenemos que tener las manos llenas y las mentes ocupadas con algo, si no, nuestra imaginación pronto fermentará y maquinará el mal.

Y lo que es cierto de nosotros, es cierto también de nuestros hijos. ¡Ay, sí, del hombre que no tiene nada para hacer! Los judíos consideraban la ociosidad positivamente como un pecado: era ley de ellos que todo hombre criara a su hijo enseñándole un oficio útil, —y tenían razón. Conocían el corazón del hombre mejor de lo que aparentemente lo conocemos nosotros.

La ociosidad hizo de Sodoma lo que fue. “He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, hartura de pan, y abundancia de ociosidad tuvo ella” (Eze. 16:49). La ociosidad tuvo mucho que ver con el terrible pecado de David con la esposa de Urías. —Veo en 2 Samuel 11 que Joab salió a guerrear contra los Amonitas, “mas David se quedó en Jerusalem”. ¿No fue eso ociosidad? Y fue entonces que vio a Bathsheba —y el próximo paso que leemos es de su caída tremenda y miserable.

Ciertamente, creo que la ociosidad ha llevado a más pecados que cualquier otro hábito que pudiéramos mencionar. Sospecho que es la madre de muchas obras de la carne, —la madre del adulterio, fornicación, embriaguez y muchas otras obras de las tinieblas que no tengo tiempo de mencionar. Sea su propia conciencia la que le indique si digo la verdad. Estuvo usted ocioso, y enseguida el diablo llamó a su puerta y entró.

Y no me cabe la menor duda, —todo en el mundo a nuestro alrededor parece enseñarnos la misma lección. Es el agua quieta la que se estanca y pudre: el agua que corre y se mueve siempre está clara. Si tiene usted máquinas a vapor, las tiene que hacer andar o pronto se descomponen. Si tiene un caballo, lo tiene que ejercitar, nunca está tan bien como cuando está trabajando regularmente. Si quiere usted gozar de buena salud, tiene que hacer ejercicio. Si siempre está sentado, su cuerpo tarde o temprano se quejará. Y sucede lo mismo con su alma. La mente activa en movimiento es un blanco difícil para que el diablo dé en él. Trate de estar siempre lleno de trabajo útil y, de esta manera, a su enemigo le será difícil encontrar lugar para sembrar cizaña.

Lector, le pido que presente estas cosas a sus hijos. Enséñeles el valor del tiempo y trate de hacerles aprender que lo usen bien. Me duele ver a los

niños ociosos ante lo que tienen entre manos, sea lo que fuere. Me encanta verlos activos e industriosos, y poniendo todo su corazón en lo que hacen; poniendo todo su corazón en sus lecciones cuando tienen que aprender; — poniendo todo su corazón aun en sus entretenimientos cuando juegan.

Entonces, si los ama de verdad, sea la ociosidad considerada un pecado en su familia.

## 12. Con temor a los excesos

Instrúyalos con un temor constante a los excesos. Éste es el punto que más tiene que vigilar. Es natural ser tierno y afectuoso para con su propia carne y sangre, y es el exceso de esta ternura y afecto lo que debe tener. Cuídese de que no lo cieguen a las faltas de sus hijos o lo hagan sordo a todos los consejos sobre ellos. Cuídese de que no le hagan pasar por alto la mala conducta, por no sentir el dolor de tener que castigarlos y corregirlos.

Sé muy bien que el castigo y la corrección son cosas desagradables. Nada es más molesto que causarles dolor a los que amamos, y hacerlos llorar. Pero mientras los corazones sean lo que son, es inútil suponer, como regla general, que los hijos pueden ser criados sin ser corregidos.

Consentir es una palabra muy expresiva y, lamentablemente, llena de significado. Ahora bien, la manera más fácil de consentir a los hijos es dejar que se salgan con la suya, —dejarlos hacer lo incorrecto y no castigarlos por ello. Créame, no lo haga, sea cual fuere el dolor que a usted la cause a menos que quiera arruinar el alma de sus hijos.

No puede usted decir que las Escrituras no tratan expresamente este tema: “El que detiene el castigo, a su hijo aborrece: mas el que lo ama, madruga a castigarlo” (Prov. 13:24). “Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se excite tu alma para destruirlo” (Prov. 19:18). “La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la hará alejar de él” (Prov. 22:15). “No rehuses la corrección del muchacho: porque si lo hirieres con vara, no morirá. Tú lo herirás con vara, y librarás su alma del infierno” (Prov. 23:13, 14). “La vara y la corrección dan sabiduría: mas el muchacho consentido avergonzará a su madre.” “Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará deleite a tu alma” Prov. 29:15, 17).

¡Qué fuertes y contundentes son estos pasajes! ¡Qué triste es el hecho de que muchas familias cristianas parecen desconocerlos! Sus hijos necesitan reprensión pero raramente la reciben; necesitan corrección, pero rara vez se usa. Este libro de Proverbios no es obsoleto e inadecuado para los cristianos. Fue dado por inspiración de Dios, y es útil. Nos ha sido dado para que aprendamos, tal como nos fueron dadas las epístolas a los Romanos y

Efesios. Es seguro que el creyente que cría a sus hijos sin atender su consejo pretende ser más sabio que lo que allí está escrito, y se equivoca por mucho.

Padres y madres, se los digo directamente: si nunca castigan a sus hijos cuando han faltado en algo, les están haciendo un mal terrible. Les advierto que ésta es la piedra con la que han tropezado los santos de Dios de todas las épocas causando desastres. Les insto a ser sabios a tiempo, y que la eviten. Vean el caso de Elí. Sus hijos Ophni y Phinees “se han envilecido, y él no los ha estorbado”. Apenas si les dio una débil y tibia reprimenda, cuando debió haberles reprendido fuertemente. O sea que honró a sus hijos más que a Dios. ¿Y cuál fue el resultado final? Vivió para oír de la muerte de sus dos hijos en batalla, y fue con aflicción a su sepulcro (1 Sam. 2:22-29, 3:13).

Vean también el caso de David. ¿Quién puede leer sin dolor la historia de sus hijos y de sus pecados? El incesto de Amnón, —el homicidio que cometió Absalón y su orgullosa rebelión, —la ambición maquinadora de Adonía: éstas fueron heridas realmente dolorosas que tuvo que recibir de su propia familia el hombre según el corazón de Dios. Pero, ¿tenía él algo de la culpa? Me temo que sin duda sí. Encuentro la clave de todo en el relato de Adonía en 1 Reyes 1:6: “Su padre nunca lo entristeció en todos sus días con decirle: ¿Por qué haces así?” Ese fue el fundamento de todo el problema. David era un padre demasiado indulgente, —un padre que dejaba que sus hijos hicieran lo que se les ocurría, —y cosechó lo que había sembrado.

Padres, les ruego, por sus hijos, que tengan cuidado de no ser demasiado indulgentes. Les insto que recuerden que su primer deber es reflexionar sobre lo que a ellos realmente les conviene, y no sus antojos y gustos; —instruirlos, no consentirlos —beneficiarlos, no meramente complacerlos.

No deben ceder a cada deseo y capricho que se le ocurre a su hijo, no importa cuánto lo amen. No deben dejarle suponer que su voluntad es suprema, y que no tiene más que desear algo y será hecho. Les ruego que no conviertan a sus hijos en ídolos, no sea que Dios se los lleve y rompa sus ídolos, aunque sea para convencerles de su necedad.

Aprendan a decirle “No” a sus hijos. Muéstrenles que pueden negarles lo que no consideran adecuado para ellos. Muéstrenles que están listos para castigar la desobediencia, y que cuando hablan de castigo, no sólo están listos para amenazar, sino también para cumplir. No amenacen demasiado.<sup>4</sup> La gente amenazada y las faltas amenazadas, tienen larga vida. Castiguen

---

<sup>4</sup> Algunos padres y ayas tienen la costumbre de decir: “Niño malo” al niño o niña en cualquier ocasión, muchas veces sin una buena razón. Es una costumbre muy tonta. Nunca se deben usar palabras que culpan sin tener una razón valedera.

con poca frecuencia, pero háganlo de verdad y en serio, —El castigo frecuente y leve es de veras un sistema espantoso.<sup>5</sup>

Cuídense de no pasar por alto las faltas pequeñas, con la idea de que “es insignificante”. No hay insignificancias en la instrucción de los hijos; todas son importantes. Las malezas pequeñas tienen que ser arrancadas como cualquier otra. No las tenga en cuenta y pronto serán grandes.

Lector, si algún punto merece su atención, créame, es éste. Es uno que le causará problemas, lo sé. Pero si no se ocupa de los problemas de sus hijos cuando son chicos, le causarán problemas cuando sean grandes. Escoja cuál prefiere.

### **13. Recordando cómo Dios instruye a sus hijos**

Instrúyalos recordando continuamente cómo Dios instruye a sus hijos. La Biblia nos dice que Dios tiene un pueblo elegido, —una familia en este mundo. Todos los pobres pecadores que han sido redargüidos de pecado, y se han acercado a Jesús para recibir paz, constituyen esa familia. Todos los que realmente creemos en Cristo para salvación somos miembros de ella.

Ahora bien, Dios el Padre está continuamente instruyendo a los miembros de su familia preparándolos para su morada eternal con él en el cielo. Actúa como el agricultor que poda sus vides a fin de que den más fruto. Conoce el carácter de cada uno de nosotros, —los pecados que constantemente nos atacan, —nuestras debilidades, —nuestras enfermedades peculiares, —nuestras necesidades especiales. Conoce nuestras obras y sabe dónde vivimos, quiénes son nuestros compañeros en la vida, y cuáles son nuestras pruebas, cuáles nuestras tentaciones y cuáles nuestros privilegios. Sabe todas estas cosas, y está siempre ordenando todo para nuestro bien. Nos otorga a cada uno, en su providencia, justamente las cosas que necesitamos, a fin de que llevemos el máximo fruto, —tanto sol como podemos aguantar, y tanto de lluvia, —tanto de las amarguras como podemos soportar, y tanto de lo dulce. Lector, si va a instruir con sabiduría a sus hijos, preste suma atención a cómo Dios el Padre instruye a los suyos. Él hace todo bien; el plan que él adopta es el correcto.

---

<sup>5</sup> En cuanto a la mejor manera de castigar a un niño, no se puede establecer una regla general. El carácter de cada niño es totalmente diferente; aquello que sería un castigo severo para uno, no sería un castigo para otro. Sólo ruego que tengan en cuenta mi decidida protesta contra la noción moderna que ningún niño debe recibir una zurra. Sin duda algunos padres usan excesivamente y con demasiada violencia la corrección corporal; pero muchos otros, me temo, la usan demasiado poco.

Piense, entonces, en cuántas cosas Dios le niega a sus hijos. Sospecho que encontraríamos a pocos que no han tenido deseos que él nunca ha satisfecho. Con frecuencia ha habido algo que querían lograr y, no obstante, siempre ha existido alguna barrera para impedir su logro. Es como si Dios lo estuviera poniendo fuera de nuestro alcance y diciendo: “Esto no es bueno para ti; esto no debe ser.” Moisés anhelaba intensamente cruzar el Jordán y ver la bondad de la tierra prometida; pero recuerde que su anhelo nunca fue satisfecho.

Piense, también, con cuánta frecuencia Dios guía a su pueblo por caminos que nos resultan oscuros y misteriosos. No podemos ver el significado de su trato con nosotros; no podemos ver lo razonable de la senda por la que andan nuestros pies. A veces nos han atacado muchas pruebas, —nos han rodeado tantas dificultades, —que no hemos podido descubrir la razón de todo lo que nos sucede. Ha sido como si nuestro Padre nos estuviera tomando de la mano y llevando a un lugar oscuro y diciendo: “No preguntes nada, pero sígueme.” De Egipto a Canaán había una ruta directa, no obstante, Israel no fue guiado a seguirla; sino a circunvalarla por el desierto. Y esto parecía duro en ese momento. Nos dice el relato: “Abatióse el ánimo del pueblo por el camino” (Exo. 13:17; Núm. 21:4).

Piense, además, con cuánta frecuencia disciplina Dios a su pueblo con pruebas y aflicciones. Les envía cruces y desilusiones; los abate con enfermedades; los despoja de propiedades y amigos; los cambia de una posición a otra; los visita con las cosas más difíciles para la carne y la sangre; y algunos de nosotros hemos desfallecido bajo las cargas que ha puesto sobre nosotros. Nos hemos sentido más agobiados de lo que podemos soportar, y casi hemos llegado al punto de murmurar contra la mano que nos ha disciplinado. Pablo el Apóstol, había recibido una espina en la carne, sin duda alguna amarga prueba corporal, aunque no sabemos exactamente de qué se trataba. Pero esto sabemos, —le rogó tres veces al Señor que se la quitara; sin resultado (2 Cor. 12:8, 9).

Ahora bien, lector, a pesar de todas estas cosas, ¿ha oído alguna vez de un hijo de Dios que creyera que su Padre no lo trataba sabiamente? No, estoy seguro que no. Los hijos de Dios siempre le dirán que, a la larga, el que no se hiciera lo que ellos querían fue una bendición y que Dios había hecho por ellos mucho más de lo que hubieran podido hacer por sí mismos. ¡Sí! Y le dirían también, que los tratos de Dios les habían proporcionado más felicidad de la que hubieran podido obtener ellos mismos, y que su camino, no importa lo oscuro que fuera a veces, había sido el camino agradable y la senda de paz.

Le pido que tome en serio la lección que los tratos de Dios con su pueblo quieren enseñarle. No tema negarle a su hijo cualquier cosa que

usted piensa le hará daño, sean cuales fueren sus propios deseos. Este es el plan de Dios.

No vacile en darle mandatos, en los que quizá en el presente no encuentre sabiduría, y guiarle de maneras que ahora quizá no le parezcan razonables. Este es el plan de Dios.

No rehuya disciplinarlo y corregirlo cuando ve que la salud de su alma lo requiere, por más que le resulte doloroso a usted; y recuerde que los medicamentos para la mente no deben ser rechazados porque sean amargos. Este es el plan de Dios.

Y sobre todo, no tema que tal plan de instrucción hará infeliz a su hijo. Le advierto contra esta falsedad. Créalo, no hay camino más seguro hacia la infelicidad que el de siempre salirse con la suya. Que nos controlen y nos nieguen nuestra voluntad es una bendición para nosotros; nos hace valorar los placeres cuando llegan. Que a uno le den perpetuamente los gustos es la manera de acabar siendo egoístas; y los egoístas y los niños consentidos, créame, rara vez son felices.

Lector, no pretenda ser más sabio que Dios; —instruya a sus hijos como él instruye a los de él.

## **14. Recordando la influencia de su propia ejemplo**

Instrúyalos recordando continuamente la influencia de su propio ejemplo. Las enseñanzas, y los consejos y las órdenes de poco aprovechan a menos que los respalden la conducta de su propia vida. Sus hijos nunca creerán que usted habla en serio y realmente quiere que lo obedezcan, entre tanto sus acciones contradigan sus consejos. El Arzobispo Tillotson hizo un comentario sabio cuando dijo: “Impartir a los hijos una buena instrucción, y un mal ejemplo, no es más que indicarles con un movimiento de cabeza el camino al cielo, al mismo tiempo que los tomamos de la mano y los llevamos por el camino al infierno.”

Desconocemos la fuerza y el poder del ejemplo. Ninguno de nosotros puede vivir para sí en este mundo; estamos siempre influyendo sobre los demás a nuestro alrededor, de una manera o de otra, ya sea para bien o para mal, ya sea para Dios o para el pecado. —Ven nuestro modo de actuar, se fijan en nuestra conducta, observan nuestro comportamiento, y lo que nos ven hacer, tienen razón en suponer que creemos que lo que hacemos está bien. Y nunca, creo yo, es el ejemplo más poderoso que en el caso de padres e hijos.

Padres y madres, recuerden que los niños aprenden más por la vista que por el oído. Ninguna escuela hará un impacto tan profundo como el hogar. Los mejores maestros no fijarán en sus mentes tanto como lo que aprenden

en la familia. La imitación es un principio mucho más fuerte con los niños que la memorización. Lo que ven tiene un efecto mucho más fuerte en sus mentes que lo que se les dice.

Tengan cuidado, entonces, de lo que hacen en presencia de su hijo. Está en lo cierto el proverbio: “El que peca ante un niño, doble pecado comete.” Esfuércese por ser una epístola viviente de Cristo que su familia pueda leer, y leerla con claridad. Sea un ejemplo de reverencia hacia la Palabra de Dios, reverencia en la oración, reverencia para los cultos de adoración, reverencia por el día del Señor. —Sea un ejemplo con sus palabras, su temperamento, su diligencia, su temperancia, su fe, su caridad, su bondad, su humildad. No crea que sus hijos pondrán en práctica lo que no ven en usted. Usted es el cuadro modelo de ellos, y ellos copiarán lo que usted es. Sus razonamientos y sus discursos, sus órdenes y buenos consejos; quizá no los comprendan para nada, pero pueden comprender su vida.

Los niños son rápidos para observar; muy rápidos para ver algunos tipos de hipocresía, muy rápidos para captar lo que usted realmente piensa y siente, y muy rápidos en adoptar sus modos y opiniones. Verá con frecuencia que tal como es el padre, así es el hijo.

Recuerden la palabra que César, el conquistador, usaba siempre con sus soldados en batalla. No les decía: “Marchen hacia adelante”, sino “Vengan”. Así debe ser con usted al instruir a sus hijos. Rara vez adquirirán hábitos que notan que usted aborrece, o caminarán por sendas por las que no camina usted mismo. El que le predica a sus hijos lo que no pone en práctica, realiza una obra que nunca avanza. Es como la telaraña de Penélope, de la fábula de antaño, que tejía de día y destejía de noche. De la misma manera, el padre que trata de instruir sin ser un buen ejemplo está construyendo con una mano, y derrumbando con la otra.

## 15. Recordando el poder del pecado

Instrúyalos recordando continuamente el poder del pecado. Seré breve al hablar de esto, a fin de protegerlo contra expectativas que no son bíblicas.

No espere encontrar que la mente de sus hijos sea una hoja puramente blanca, y que no tendrá problemas si simplemente usa los medios correctos. Le advierto francamente que no será así. Es doloroso ver cuánta corrupción y maldad anida en el corazón del niño pequeño, y qué pronto comienza a dar fruto. Arranques de violencia, caprichos, orgullo, envidia, malhumor, pasión, ociosidad, egoísmo, engaños, zorrería, mentiras, hipocresía, una aptitud terrible para aprender lo que es malo, una lentitud pasmosa para aprender lo que es bueno, su gran disposición para mentir a fin de lograr lo que quieren, —debe estar usted preparado para ver todas estas cosas, o algunas de ellas,

aun en los que son de su propia carne. Irán apareciendo de maneras sutiles a una edad muy temprana; y casi asusta observar con qué naturalidad afloran. Los niños no requieren escuela para aprender a pecar.

Pero no debe desanimarse ni deprimirse por lo que ve. No tiene que pensar que sea algo extraño ni inusual, que pequeños corazones puedan estar tan llenos de pecado. Es la única porción que nos dejó nuestro padre Adán; es esa naturaleza caída con la que venimos al mundo; es esa herencia que nos pertenece a todos. Más bien seamos más diligentes en usar todo medio que parezca mejor, con la bendición de Dios, para contrarrestar el mal. Deje que lo haga más y más cuidadoso, hasta donde usted pueda, en mantener a sus hijos lejos de la tentación.

Nunca escuche a los que le dicen que sus hijos son buenos, y bien educados, y que se puede confiar en ellos. Piense más bien que sus corazones son siempre inflamables como yesca. En el mejor de los casos, sólo se requiere una chispa para que se encienda su corrupción. Rara vez son los padres demasiado cautelosos. Recuerde la depravación natural de sus hijos y tenga cuidado.

## 16. Recordando las promesas

Instrúyalos recordando continuamente las promesas de las Escrituras. Esto también lo trataré brevemente, a fin de que no se desanime.

Cuenta usted con una promesa clara: “Instruye al niño en su carrera: Aun cuando fuere viejo no se apartará de ella” (Prov. 22:6). Piense lo que significa tener una promesa como esta. Las promesas eran las únicas lámparas de esperanza que alegraban los corazones de los patriarcas antes de que fuera escrita la Biblia. Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, —todos vivieron confiando en unas pocas promesas, y sus almas prosperaron. Las promesas son los refrigerios que en toda época han mantenido y fortalecido al creyente. El que tiene un pasaje bíblico claro de su lado no tiene por qué deprimirse jamás. Padres y madres, cuando sus corazones desfallezcan y estén a punto de detenerse, lean las palabras de este texto, y cobren ánimo.

Piense en quién es el que promete. No es la palabra de un hombre que puede mentir o arrepentirse; es la palabra del Rey de reyes, quien nunca cambia. Él ha dicho algo y, ¿acaso no lo hará? O ha hablado y, ¿acaso no cumplirá? Ni hay nada demasiado difícil que él no pueda realizar. Las cosas que son imposibles para los hombres son posibles para Dios. Lector, si no recibimos el beneficio de la promesa que estamos enfocando, la culpa no es del Señor, sino nuestra.

Piense también lo que la promesa contiene, antes de negarse a ser reconfortada por ella. Habla de cierta época en que la buena instrucción dará

fruto especial, —“cuando el niño es viejo”. Por cierto que esto reconforta. Quizá no vea usted con sus propios ojos el resultado de la instrucción cuidadosa, pero no puede saber qué frutos benditos pueden brotar de ella mucho tiempo después de que usted haya partido de esta vida. No es la costumbre de Dios dar todo de una vez. “Después” es el tiempo cuando muchas veces escoge obrar, tanto en las cosas de la naturaleza como en las cosas relativas a la gracia. “Después” es el momento cuando la aflicción da fruto apacible de justicia (Heb. 12:11). “Después” fue el tiempo cuando el hijo que se negó a trabajar en la viña de su padre se arrepintió y fue (Mat. 21:29). Y “después” es el tiempo en que deben confiar los padres si no ven un éxito inmediato, —debe usted sembrar en esperanza y plantar en esperanza.

“Echa tu pan sobre las aguas;” dice el Espíritu, “que después de muchos días lo hallarás” (Ecl. 11:1). No me cabe duda que muchos hijos que nunca dieron señales de haber aprovechado la instrucción de sus padres en vida de ellos, se levantarán el día del juicio, y los bendecirán por su buena instrucción. Siga adelante, entonces, con fe, y tenga por seguro que su labor no será desaprovechada totalmente. Tres veces se echó Elías sobre el hijo de la viuda antes de que éste reviviera. Siga su ejemplo, y persevere.

## 17. Orando continuamente

Instrúyalos, por último, orando continuamente pidiendo una bendición sobre todo lo que hace. Sin la bendición del Señor, sus mejores esfuerzos no darán resultado. Él tiene en sus manos los corazones de todos los hombres, y a menos que él toque los corazones de sus hijos con su Espíritu, se esforzará usted sin lograr nada. Por lo tanto, riegue con constantes oraciones la semilla que siembra en sus mentes. El Señor está mucho más dispuesto a escuchar que nosotros a orar; mucho más dispuesto a dar bendiciones que nosotros a pedir las; —le agrada que se las pidamos. Y le presento esta cuestión de la oración como el remache, el sello de todo lo que hace. Creo que el que mucho orar rara vez es rechazado.

Considere a sus hijos como. Jacob consideró a los suyos; le dice a Esaú que “Son los niños que Dios ha dado a tu siervo” (Gén. 33:5). Considérelos como José consideró a los suyos; le dijo a su padre: “Son mis hijos, que Dios me ha dado” (Gén. 48:9). Considérelos como el salmista: “heredad de Jehová son los hijos” (Sal. 127:3). Y luego pídale al Señor, con audacia santa, que derrame su gracia y misericordia sobre sus propios regalos. Note como Abraham intercede por Ismael, porque lo ama: “Ojalá Ismael viva delante de ti” (Gén. 17:18). Vea como habla Mana al ángel acerca de Sansón: “¿Qué orden se tendrá con el niño, y qué ha de hacer?” (Jue. 13:12). Observe qué cuidado tierno tenía Job por el alma de sus hijos: “Ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado

mis hijos, y habrán blasfemado a Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días” (Job 1:5). Padres, si aman a sus hijos, vayan y hagan lo mismo. No pueden llevar sus nombres ante el trono de gracia demasiadas veces.

## 18. Usa cada uno de los medios en su poder

Y ahora, lector, en conclusión, permítame recalcar una vez más la necesidad e importancia de usar cada uno de los medios en su poder, si es que quiere instruir a sus hijos para el cielo.

Sé muy bien que Dios es un Dios soberano, y hace todas las cosas de acuerdo con el consejo de su propia voluntad. Sé que Roboam era hijo de Salomón y Manasés hijo de Ezequías, y que uno no siempre ve que padres piadosos tengan hijos piadosos. Sé también que Dios es un Dios que obra usando ciertos métodos, y seguro estoy de que si toma a la ligera los métodos como los que he mencionado, sus hijos posiblemente no terminen bien.

Padres y madres, pueden llevar a sus hijos a ser bautizados, y anotarlos como miembros de la iglesia de Cristo, pueden conseguir patrocinadores piadosos que respondan por ellos, y les ayuden con sus oraciones; —pueden enviarlos a las mejores escuelas, y regalarles Biblias y Libros de Oraciones, y llenarlos de conocimientos intelectuales, pero si a la vez no hay una instrucción regular en casa, les digo sin rodeos, les irá mal a las almas de sus hijos al final. El hogar es el lugar donde se forman los hábitos; —el hogar es el lugar donde se echan los cimientos del carácter; —el hogar nos hace parciales a gustos y opiniones. Océpanse, entonces, les ruego, que haya una instrucción cuidadosa en casa. Feliz es el hombre que puede decir, como dijo Bolton en su lecho de muerte a sus hijos: “Creo que ninguno de ustedes se atreverá a encontrarse conmigo ante el tribunal de Cristo en un estado no regenerado.”

Padres y madres, les encomiendo solemnemente ante Dios y el Señor Jesucristo que hagan todo esfuerzo posible por instruir a sus hijos por el camino que deben andar. Se los encomiendo no sólo por el alma de sus hijos; se los encomiendo por vuestro futuro consuelo y paz. Se los encomiendo porque hacerlo los beneficia a ustedes. De veras que su propia felicidad depende en gran medida de ello. Los hijos siempre han sido el arco con el cual las flechas más agudas han herido el corazón del hombre. Los hijos han mezclado las copas más amargas que el hombre jamás haya tenido que beber. Los hijos han causado las lágrimas más tristes que el hombre jamás haya tenido que derramar. Adán se los podría confirmar; Jacob se los podría confirmar; David se los podría confirmar. No hay sobre la tierra tristezas como las que los hijos han causado a sus padres. ¡Oh! presten

atención, no sea que su propia negligencia les cause sufrimientos en su ancianidad. Presten atención, no sea que tengan que sufrir bajo el maltrato de un hijo ingrato, en los días cuando sus ojos ya se estén apagando y su fuerza natural haya menguado.

Si anhelan ustedes que sus hijos sean los restauradores de sus vidas, y el aliento de su vejez, —si quieren que sean bendiciones y no maldiciones— gozos y no tristezas —Judás y no Rubenes —Ruths y no Orphas, —si no quieren, como Noé, avergonzarse de sus acciones y, como Rebeca, cansarse de la vida por culpa de ellos: si éste es su deseo, sigan pronto mi consejo, instrúyanlos correctamente mientras son jóvenes.

Y, en cuanto a mí, concluiré elevando mi oración a Dios por todos los que leen este folleto, que puedan ser enseñados por Dios a sentir el valor de sus propias almas. Esta es una razón por la cual el bautismo es, con demasiada frecuencia, un mero formulismo, y la instrucción cristiana se desprecia y echa a un lado. Demasiadas veces los padres no se preocupan por sí mismos y, por ende, no se preocupan por sus hijos. No saben la tremenda diferencia entre un estado natural y un estado de gracia y, por lo tanto, se contentan con dejarlos que se las arreglen solos.

Que el Señor les enseñe ahora que el pecado es esa cosa abominable que Dios odia. Sé que entonces llorarán por los pecados de sus hijos, y se esforzarán por arrancarlos como se arranca el hierro del fuego.

Que el Señor les enseñe qué precioso es Cristo, y qué obra poderosa y completa ha hecho para nuestra salvación. Estoy seguro de que entonces se valdrán ustedes de todos los medios para acercar a sus hijos a Jesús, para que vivan por medio de él.

El Señor les enseñe a todos su necesidad del Espíritu Santo para renovar, santificar y avivar sus almas. Estoy seguro de que entonces instarán a sus hijos a orar sin cesar, y no descansar hasta que el Espíritu Santo descienda y entre en sus corazones con poder, y los convierta en nuevas criaturas.

El Señor otorgue esto, y tengo una gran esperanza de que entonces realmente instruirán bien a sus hijos, —los instruirán bien para esta vida, y los instruirán bien para la vida venidera; los instruirán bien para esta tierra, y los instruirán bien para el cielo; los instruirán bien para Dios, para Cristo y para la eternidad.

